

CARLOS NÚÑEZ

LA
HERMANDAD
DE LOS
CELTAS

Últimas investigaciones y vivencias sobre los celtas
y su música por uno de sus protagonistas



CARLOS NÚÑEZ

LA HERMANDAD DE LOS CELTAS

Últimas investigaciones sobre los celtas y su música
por uno de sus protagonistas



ESPASA

© Carlos Núñez, 2018
© Espasa Libros, S. L. U., 2018

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de la cubierta: © Cris Andina Fotografía

Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 978-84-670-4805-6
Depósito legal: B. 17.591-2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Impreso en España / Printed in Spain
Impresión: Rodesa, S. A.

Editorial Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

PRELUDIO	13
I. LOS CELTAS	27
¿Quiénes fueron los celtas?	27
La primera mención de «lo celta»	30
Interceltismo <i>avant la lettre</i>	34
Un milenio desaparecidos y Renacimiento... ¡también de los celtas!	37
La Ilustración	38
De los druidas que mencionaban los clásicos deben de ser estas piedras... ..	40
Nace la arqueología	41
Los nuevos celtas: desde el oeste atlántico peninsular	42
¿Bardos celtas en el Atlántico peninsular?	45
El «gen celta» y Breogán	47
Galicia celta	54
II. MÚSICA CELTA	59
¿Existe la música celta?	59
Definirla, la pesadilla de los musicólogos	60
Interceltismo y música celta: definiciones	65
El arte celta, ¿una posible vía para estudiar esta música? ..	69
El decálogo de Stivell	73
Pentatonismo y música celta	77
¿Desde cuándo se habla de música celta?	82
¿Y en Galicia?	85

Ossian: ¿fraude o paradigma de creación céltica?	89
Y Ossian llega a Galicia... ..	94
Despierta el interés por la tradición oral	98
El momento previo a la denominación «música celta»	102
El <i>Atlantic Corridor</i>	108
La «música clásica» de la gaita (¿O mejor el jazz?)	110
La música de arpa más antigua de Europa	112
¿Elementos celtas en el Pórtico de la Gloria compostelano?	115
¿Leyendas y músicas célticas en la catedral compostelana?	119
¿La rota celta?	123
Fídula / <i>fiddle</i>	126
La orquesta del Pórtico	127
¿Hasta dónde llegaremos buscando lo celta en el Pórtico? ...	128
Entrelazados, ceros y unos. ¿Será eso en realidad la música celta?	133
Contactos musicales «intercélticos» en la Edad Media	138
¿La música del rey Arturo?	144
Intercambios en las <i>dark ages</i>	150
Bardos bilingües	153
De los bardos a los trovadores	158
De los bardos a los gaiteros	161
La oralidad: ¿celta, indoeuropea o connatural al ser humano?	165
La memoria no es un archivo, es una máquina de (re)creación	167
¿La oralidad podría llevarnos hasta el mundo de los bardos?	172
Bardos indoeuropeos, ¿«abuelos» de los celtas y de los clásicos?	177
Festivales celtas: ¿cincuenta, cien o mil años de historia?	183
Llegan los discos	195
Artes celtas y poder	202
Triunfo de la música celta	220
III. LA GAITA	223
El aerófono popular más universal	223
¿«Gaita» es un término árabe, germánico o... celta?	225

Viento del este, viento del oeste	229
Gaitas de las cavernas en occidente	233
El Mediterráneo sale por el Atlántico	235
El aulós, antepasado de la gaita	236
Respiración circular: el secreto de las protogaitas	243
El fuelle ya existía en el propio cuerpo del gaitero	245
El bordón, toda una filosofía musical	247
Las <i>triple pipes</i>	248
La lira, más que un instrumento	254
El arpa	257
La corna y las trompas naturales	258
¿Afinaciones de la antigua música celta en el Barroco?	260
¿Habría algo de todo esto en la música de los <i>carnyx</i> celtas?	262
¿El <i>carnyx</i> celta, primo de las trompas numantinas?	264
¿Las gaitas, herederas también de los <i>carnyx</i> ?	266
La corna-musa	267
Invención o reinversión medieval de la gaita	269
Las «nuevas» gaitas	271
La misteriosa gaita zamorana del <i>Quijote</i>	272
<i>Atlantic pipes</i>	274
Gaitas históricas en el <i>Atlantic Corridor</i>	279
El decano de los <i>punteiros</i> escoceses	283
La estandarización victoriana	284
Mi aventura con las gaitas antiguas	286
Pontevedra, ¿una <i>little Ireland</i> ?	288
Y llegó la grabación de «Os gaiteiros da noite»	291
Gaita gallega y <i>Highland pipe</i> , ¿dos caminos diver- gentes?	294
Influencias entre gaitas atlánticas	295
Las bandas de gaitas, ¿otra influencia mutua?	297
Un lugar para medirse: los desfiles de los festivales	299
Los concursos de gaiteros, otro punto de encuentro inter- céltico	301
Hermandad intercéltica de gaiteros	303
IV. IBERIAN CELTS	305
Las músicas ibéricas	305
La Hispania celta	309

Las dos Españas: la línea diagonal imaginaria	313
Conexiones a través de la diagonal	317
Permitamos que la naturaleza siga su curso... ..	320
Celtiberia	323
¿Supervivencias medievales en la música tradicional hispana?	327
Las <i>Cantigas</i> como música tradicional	330
Las <i>Cantigas</i> como música de danza	334
¿Danza, rituales y religión en las <i>Cantigas</i> ?	336
¿Cómo sería el proceso de composición de las <i>Cantigas</i> ? ..	339
Códax en busca de sus raíces	340
Códax <i>in working process</i>	343
Melismas atlánticos	347
«Para ser cantadas, no léidas en una página»	350
De la oralidad a la escritura... y vuelta a la oralidad	352
«Haciendo cábalas»	354
Moros y cristianos	358
El rabel: otra llave para revivir nuestra música medieval ...	364
Ampliando horizontes	367
Celtas del interior	367
El círculo celta de Carlos Saura	370
La variedad de las percusiones ibéricas	371
El ritmo ibérico	373
Ritmos <i>aksak</i> , otra asignatura pendiente de nuestra música	375
La fiebre balcánica entre los celtas	378
¿Celtas y mediterráneos en el País Vasco?	381
Siembra de talentos	384
El Camino de Santiago... y de la gaita	386
Gaitas mediterráneas de la Península	386
¿«Sonoridades célticas» por el Levante?	388
Un dueto de éxito probado: dulzainas del futuro	391
Madrid	394
La Vía de la Plata, el camino de la gaita de tres agujeros ...	396
El sueño celta andaluz	400
Flamenco antiguo con violines y panderetas	402
El reinado de la guitarra	404
¡Los canarios somos atlánticos!	410

V. LA DIÁSPORA CELTA	415
Emigrantes celtas en América	415
El <i>groove</i>	419
Los chistes de gallegos	422
Celtas y africanos	424
Celtoiberoamérica	429
Españoles en Estados Unidos	431
<i>Jazz</i> con gaita	432
Eslabones perdidos en la música celta y en América	436
Los últimos gaiteros de La Habana	438
El primer festival celta del mundo: ¿en Buenos Aires?	442
La gaita en América desde... ¡1500!	445
El mundo medieval que viajó a Latinoamérica	447
¿Un mundo galaico en Brasil?	451
Herencia celta prerromana en América	453
La gaita une a la Península y a toda Iberoamérica	455
¿Un desaparecido cancionero ternario común?	458
Villancicos, <i>muiñeiras</i> y otras <i>gaytas</i> llegan a América	459
¿Folías, foliadas y carnavales ancestrales?	462
El ritmo sesquiáltero	464
Gaitas y <i>jigs</i> en la antigua música mexicana	465
El <i>fiddle</i> latinoamericano y otros herederos de la gaita	467
El origen pudo estar en el antiguo <i>bagpipe rhythm</i>	470
La musicología más puntera confirma nuestras sospechas	472
¿La gaita se destiló en guitarra?	476
Ecos en Latinoamérica de las arpas celtas perdidas	479
¿Tríadas célticas, también, en Latinoamérica?	487
Diferencias sobre la <i>gayta</i>	492
Los 1s y 0s, ¿también en Latinoamérica?	496
¿ <i>Double tonic</i> celta en la épica hispánica que llegó a América?	503
Los cimientos de la música popular occidental	510
<i>Celtic music</i> , la música de la gente	518
CODA	529
La fabulosa idea de la continuidad del pasado	529
Cultivemos la marca que sí funciona	531

¿ <i>Folk, new age, world music</i> o <i>Celtic music</i> ?	533
Mezcla a la inglesa	535
No necesitamos viajar al trópico para encontrar exotismo	537
Laponia y las Highlands, ¿ejemplos para nuestro interior celtibérico?	538
Corrijamos los errores antes de que sea demasiado tarde .	540
Ganémonos al público	541
Los músicos ibéricos gustándose a sí mismos	542
Nosotros también somos América	545
¿La España de la gaita y de la guitarra?	547
Lecciones para la música celta desde el flamenco	549
Vuelta a casa	550

I

LOS CELTAS

¿Quiénes fueron los celtas?

De entrada, debo reconocer que para escribir este capítulo he tenido que ponerme a «estudiar» y, posteriormente, hacer que el texto pasase por mi círculo de amigos expertos para asegurarme de que nada de lo que había escrito «lo había soñado». También tengo que confesar un secreto que los intérpretes de música celta compartimos: aunque muchos de nosotros podamos tener una curiosidad natural por la historia —yo mismo me recuerdo a los trece años indagando sobre los celtas en las bibliotecas—, no es menos cierto que, consciente o inconscientemente, hemos marcado una cierta distancia con el celtismo y en absoluto hemos estado en primera línea. Os preguntaréis, ¿y eso por qué?

El historiador de Cambridge Simon Young iniciaba su aclamado libro de divulgación sobre los celtas publicado hace una década, describiendo una cena en Galicia, a donde había acudido a mediados de los noventa para documentarse sobre Britonia. Cuenta que era su primera incursión en la vida social gallega, apenas dos semanas después de su llegada, y que todo empezó bien hasta que mencionó la palabra «celtas». La anfitriona le espetó que nunca habían existido. Su novio moderó diciendo que nunca habían estado en España pero... Dos asturianos dijeron: «Oh, yes», que sí que habían estado. «No, no», dijo de nuevo la anfitriona, «no habían existido en ningún sitio». Alguien la llamó fascista; otro le preguntó: «¿Y la gaita?»; otro: «¿Y el arte celta?».

Este era un poco el estado de las cosas cuando empecé mi carrera.

Todos hemos escuchado una y mil veces eso de que la existencia de los celtas no está clara y que no hay una base sólida que la demuestre. A fin de cuentas, es una historia muy lejana que ha provocado desconfianza hasta el extremo de que parece necesario soltar chistes y exhibir una ostentosa superficialidad al hablar de «celtismo» en público para disipar cualquier sospecha de que se está tomando la cuestión demasiado en serio. Al mismo tiempo, en la música celta el principal motor no ha sido tanto el estudio de la historia como la tradición, es decir, algo que está vivo y que construimos todos los días. Los intérpretes de esta música llevamos dentro el espíritu de la supervivencia. Continuamente nos esforzamos para que lo nuestro no se quede en un gueto porque sabemos que es un legado muy frágil, a diferencia de otros géneros que, con más certeza, tienen el aplauso asegurado y cuya liturgia se basa más en la exclusividad, el lujo o —incluso— un cierto ocultismo que se logra vistiéndolos de «dificultad». Por eso, los que hacemos música celta hemos preferido abrazarnos a lo innegable, a lo que nadie puede cuestionarnos: nuestras tradiciones.

Es posible también que ciertas actitudes hacia el estudio del mundo celta nos hayan influido. En la década de los ochenta se nos decía aquello de que los únicos celtas que hubo en Galicia eran los «sin filtro». En Irlanda, el celtismo siempre ha sido un tema espinoso, ya que lo celta relacionaba a los irlandeses con los protestantes británicos escoceses y galeses, con quienes no estaba claro si interesaba hermanarse por motivos políticos y religiosos. De hecho, en los años noventa, en el Reino Unido, el celtismo británico también padeció el rechazo de los medios académicos, quizá, como señalan algunos, por el debate suscitado por la devolución del poder a los Parlamentos escocés y galés. En realidad, desde hace por lo menos dos mil años, todo lo relativo a los celtas siempre ha estado ligado a intereses políticos, tanto propios como de «los otros», pero también al mundo del arte.

En definitiva, se trata de un verdadero lío del que los músicos que vivimos el celtismo musical de una manera natural hemos querido escapar; probablemente, también los musicólogos. En mi caso concreto, no recuerdo haber mantenido muchas conversaciones sobre la historia de los celtas con ninguno de los grandes de nuestro género, salvo con Alan Stivell. La realidad es que para hacer música celta no ha sido necesario ser un «celtófilo».

Debo aclarar que, de todo lo que aparece en este capítulo, lo único genuinamente mío es la selección, el compendio de lo expresado por especialistas solventes. Aunque prácticamente todos los expertos difieren sobre algunos temas clave, me parece destacable el hecho de que en los últimos años se han producido importantes avances en la investigación, avances que están permitiendo que el celtismo se haya situado de nuevo en el foco de atención, lo que, en mi opinión, puede tener consecuencias fructíferas desde un punto de vista creativo. Este libro no es un trabajo académico, ni pretende serlo, y desde el principio pido disculpas porque las citas, o las traducciones que yo mismo he hecho en algunos casos, no estén referenciadas todo lo pormenorizadamente que se acostumbra en el mundo científico. Espero, sin embargo, que los lectores de mi libro se animen a consultar la obra de los especialistas que menciono, que son los que verdaderamente saben, y contribuir con ello a la difusión de sus estudios. Hoy con internet es sencillo localizar la fuente exacta de cada cita, solo con teclearla en un buscador, pero si algún lector interesado no lo consiguiese, me comprometo —eso sí, con algo de tiempo— a ayudarle a localizarla. Es fácil contactarme desde mi página web o a través de mis redes sociales.

En el artículo del *Huffington Post* que mencioné en la introducción, Steve Winick, de la Biblioteca del Congreso, terminaba así: «Para ver ejemplos de trabajos académicos recientes que apoyan la idea de una conexión celta de Galicia véanse los trabajos de sir Barrington Windsor Cunliffe y John T. Koch». El primero, Cunliffe, fue profesor de Arqueología Europea en la Universidad de Oxford durante casi cuarenta años. Hoy día, ya retirado a sus ochenta años —aunque conserva el título de profesor emérito— mantiene una envidiable actividad. Por su parte, Koch es un brillante historiador y lingüista norteamericano que estudió en Oxford y Harvard, universidad esta última en la que enseñó durante años hasta que se trasladó a la Universidad de Gales. Ambos llevaban años trabajando en el tema desde sus diferentes especialidades, pero fue en 2007 cuando Cunliffe y Koch se conocieron en un encuentro interdisciplinar que ha hecho cambiar ideas académicas sobre los celtas, algunas de las cuales llevaban varios siglos siendo seguidas como dogma.

Aunque he consultado a otros autores (con algunos he de reconocer que apenas he logrado pasar de las primeras páginas), Cunliffe y Koch han sido mis «sabios de cabecera» para este capítulo, por lo

que los citaré en bastantes ocasiones. De ellos me sedujo especialmente su capacidad para llegar al público no especializado y que, además, allá donde fuera que encontraba alguna información fascinante, allí estaban ellos: en el catálogo de la exposición del Museo Británico de 2015, en la serie de la BBC que acompañaba a dicha exposición, en las teorías más novedosas y atractivas...

Confieso que disfruto enormemente cuando los científicos son buenos comunicadores y hacen el esfuerzo de llegar a un público que va más allá de las personas de su propio gremio. En las antípodas de estos suelen estar los estudiosos que critican a los que ellos llaman «académicos Disney» por su exceso de «dulcificación» del conocimiento. Un ejemplo ilustrativo y pintoresco de ese *modus operandi* opuesto sería una anécdota sobre Eugenio D'Ors, del que cuentan que siempre leía a su asistente doméstica sus artículos antes de enviarlos a imprenta y, si ella los entendía, entonces volvía a su despacho para reescribir a la voz de «oscurezcamos».

Por lo que me dicen, hoy se tiende cada vez más a lo que se llama *public engagement*, que es algo así como que los especialistas interactúen con los que no lo son, algo que yo considero muy positivo. Pongo un ejemplo: el año pasado, el artículo del *Washington Post* sobre el día de San Patricio, en vez de hablar de cerveza verde y ese tipo de tópicos que parece que —por suerte— ya empiezan a cansar a algunos medios, consistía en una entrevista en la que Cunliffe y Koch hablaban de sus nuevas teorías sobre los celtas. Yo me sumo a la iniciativa del *Post* y «les cedo la palabra».

La primera mención de «lo celta»

Durante dos mil quinientos años, el concepto de «lo celta» ha tenido multitud de propietarios. De hecho, «celta» es una idea cultural que ha cambiado de significado en muchas ocasiones. Podríamos decir que —con matices— se trata de una forma «no-mediterránea» y «no-urbana» de pensar y concebir el mundo. Aunque la voz no se refiere a una raza o a un grupo genético concreto, sigue resonando poderosa porque una y otra vez se ha ido haciendo eco de preocupaciones contemporáneas de tipo político, religioso o identitario.

«Celta» no es una palabra de origen griego o romano, lo que sugiere que estos adoptaron una palabra indígena para referirse a cier-

tos grupos, aunque no sabemos si con ella nombraban a una tribu determinada ni si su significado cambió con el tiempo. Desde que los griegos nombran por primera vez a los *keltoi* en el siglo VI a. C., el conocimiento sobre ellos fue cada vez mayor, en primer lugar, a raíz de las migraciones celtas centroeuropeas hacia el sur y, sobre todo, tras la conquista romana de sus territorios. De ahí la visión clásica de los celtas como «enemigos», que se mantuvo hasta que, finalmente, Julio César acabó vencéndolos. Solo resistieron pequeños núcleos en el norte de Escocia, las montañas de Gales e Irlanda, que nunca fue romanizada, con lo que se entiende por qué allí esa cultura de la Edad del Hierro seguiría viva y desarrollándose.

Julio César decía que «celta» era solo una de las tres zonas de la Galia y «celtas» (*celtae*) sería el nombre que los habitantes de esa región empleaban para referirse a sí mismos, aunque en latín se les denominaba «galos». De hecho, aunque para algunos autores el término «galo» es un invento romano que quiere decir algo así como ‘bárbaro’ o ‘extranjero’, Koch sostiene que tienen relación con el irlandés antiguo (*gal*, ‘coraje’) y el galés (*gâl*, ‘enemigo’, y *gallu*, ‘poder’). Este autor va aún más allá y explica que el término *keltoi* debió de existir en el ancestro común de todas las lenguas celtas y que sirvió para que los hablantes de la lengua «protocelta» se designaran a sí mismos. Por ejemplo, la raíz *kelto-* aparece en las lenguas hispanocelta, gala y en irlandés antiguo.

En Hispania hay tres zonas principales en las que tanto griegos como romanos constataron la presencia de celtas: en el noroeste y el suroeste, donde se llamaban *celtici*, y en la Meseta, donde los denominaron *celtíberos*. Sin embargo, aunque pueda extrañarnos, apenas hay referencias a los celtas en las islas británicas. Julio César sí dice que la doctrina druídica se desarrolló primero en Gran Bretaña y que luego se introdujo en la Galia, pero que los que quisieran saber más de esta doctrina debían ir a Gran Bretaña. También se menciona que los bretones descienden de galos emigrados a las islas y que conservaron los nombres de las tribus.

Koch explica que, pese a esta carencia de fuentes clásicas en las que aparezca la voz «celta» relacionada con las islas, muchos pueblos de la Antigüedad no se referían a sí mismos con los nombres con los que hoy los conocemos, por lo que no se puede decir que la presencia de celtas en las islas británicas es una invención, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de una cultura oral de la que se conservan solo fragmentos de textos.

Otros autores señalan, además, que habría muchos pueblos que convivían con los celtas en la misma zona y que no eran celtas. También que hablar una lengua celta no significa que todos fuesen celtas, pues no necesariamente compartían una identidad cultural al cien por cien (al igual que no todos los hablantes de inglés o de español son ingleses o españoles).

Cuando tuve la oportunidad de preguntar personalmente a Cunliffe qué era para él un celta, me dijo que se trataba más de una cuestión lingüística que cultural, especialmente desde que la cuestión genética se había convertido en algo complicadísimo de descifrar. Básicamente, lo definió como una persona que hablaba celta o que vivía en un área donde se hablaba celta, e ilustró su idea con un ejemplo. En un área tan vasta como en la que se habló griego en la Antigüedad, con territorios habitados por gentes como los bizantinos, los micénicos o los antiguos griegos, encontrábamos una misma lengua y una misma tradición cultural, pero en cambio la cultura material fue completamente diferente.

¿Pero cómo se veían los celtas a sí mismos? En sus conferencias, Cunliffe suele comentar que, comparando las esculturas celtas encontradas en Bretaña, Alemania, República Checa y Francia, existe cierto estereotipo o patrón a la hora de representarse (pelo peinado hacia atrás, un bigote muy característico, ojos similares...) lo que podría demostrar una especie de conciencia de identidad común pese a la distancia entre esas zonas.

Veamos también algunos ejemplos de la visión que tenían los clásicos de los celtas como rivales. Nos los presentan luchando en la batalla desnudos, portando tan solo un torques en el cuello porque pensaban que les daba suerte. Cuenta Cunliffe que los clásicos estaban deslumbrados con la efectividad de sus armas, de sus arpones, de sus grandes escudos hechos de madera y metal. Se han conservado todo tipo de cascos metálicos celtas con viseras (a lo gorra de béisbol) con orejeras, e incluso con grandes cuernos o con una enorme ave metálica cuyas alas se movían con el viento, escenificando leyendas que condicionaban psicológicamente al enemigo. También les asombraban los carros con dos ruedas tirados por caballos y la increíble destreza con la que los guerreros celtas luchaban con ellos:

Los celtas no son como nosotros, sus reacciones son impredecibles. A veces atacan con confianza en sí mismos, a veces escapan

gritando como animales. Pueden llegar a emborracharse para ir a la batalla [...]. No como nosotros, que tenemos control sobre los soldados.

Cuando los celtas se aproximaban a Roma, un jefe militar romano les dijo a sus tropas: «Vais a conocer a un enemigo salvaje. No son humanos como los que habéis visto hasta ahora». Y así fue cómo, cuando los celtas atacaron Roma en el año 390 a. C., la sociedad romana los pudo ver de cerca por primera vez.

Pero no solo conquistaron Roma, saquearon el oráculo griego de Delfos y le dijeron al mismísimo Alejandro Magno a la cara que no le temían, porque «solo temían que el cielo cayese sobre sus cabezas». Efectivamente, los mercenarios celtas que contrató Aníbal se entrevistaron con Alejandro Magno y le dijeron esta mítica frase. Los que saquearon el oráculo de Delfos lograron salvarse precisamente gracias a las tormentas y los terremotos y, en efecto, debieron de creer que se les venía el cielo encima... Y huyeron a Turquía. Son especialmente impactantes las esculturas griegas tras la batalla contra los gálatas en Pérgamo, donde los representan desnudos portando el torques, heridos de muerte o incluso suicidándose, pero siempre con verdadera dignidad. Es la idea del «noble salvaje». Son estos los famosos gálatas de las *Cartas de san Pablo* establecidos en lo que hoy es Turquía. Eran los descendientes de los celtas que llegaron a Grecia y se distinguieron como grupo étnico durante mucho tiempo («gálatas» era la forma griega equivalente a los *galli* de los romanos).

En la *Carta de san Pablo a los gálatas*, que data del siglo I, tras dirigirse a ellos como «insensatos gálatas», el santo les insta a abandonar la idolatría y la brujería. Además de traerme a la memoria los famosos versos de Rosalía que musicamos hace unos años («Dicen que no hablan las plantas, ni las fuentes ni los pájaros, ni el onda con sus rumores, ni con su brillo los astros. Lo dicen, pero no es cierto...»), lo anterior recuerda a la *Corrección de los rústicos*, donde Martín de Dumio les dice a los galaicos del siglo VI:

¿Y cómo es que algunos de vosotros, que habéis renunciado al diablo y a sus ángeles, a sus cultos, y a sus malas obras, ahora volvéis de nuevo a los cultos del diablo?

Porque encender velas junto a las piedras y a los árboles y a las fuentes y en las encrucijadas, ¿qué otra cosa es sino culto al diablo?

Observar la adivinación y los agüeros, así como los días de los ídolos, ¿qué otra cosa es sino el culto del diablo?

Observar las vulcanales y las calendas, adornar las mesas, poner coronas de laurel, observar el pie, derramar en el fogón sobre la leña alimentos y vino, echar pan en la fuente, ¿qué otra cosa es sino culto del diablo?

El que las mujeres nombren a Minerva al urdir sus telas, observar en las nupcias el día de Venus, y atender en qué día se hace el viaje, ¿qué otra cosa es sino el culto del diablo?

Hechizar hierbas para los maleficios, e invocar los nombres de los demonios con hechizos, ¿qué otra cosa es sino el culto del diablo?

Y otras muchas cosas que es largo el decirlas.

Cuenta el historiador Pedro Moya:

El imaginario popular gallego no identifica monasterios como el de San Martín de Tours de Santiago de Compostela con el santo del siglo IV al cual está dedicado, sino con san Martín Dumense, obispo de Braga en el siglo VI y gran crítico de las pervivencias paganas. Pero, del mismo modo, el prelado galaico es denominado como san Martiño Pinario por portar un hacha con el que había cortado un pino sagrado que era objeto de culto y veneración en la zona.

Y es que, al final, la Iglesia ha optado siempre por el sincretismo. Sirvan de ejemplo los impresionantes estudios que se están haciendo desde la Universidad de Santiago sobre la conexión de cultos de épocas tan distantes como los reflejados en grabados rupestres, santuarios de castros galaicos y templos cristianos. Se están produciendo incluso documentales que muestran impresionantes imágenes en que se ve cómo dialogan —por ejemplo, en los solsticios— lugares sagrados y creencias separadas a veces por milenios.

La verdad es que es fascinante esa época del llamado primer reino de Europa, el reino suevo de Gallaecia, que tomó el nombre de la provincia romana, que a su vez, como hemos comentado, lo había tomado de una tribu celta local y que sigue vivo aún hoy en el nombre de Galicia. Es una época en que se confunde —o mejor dicho, se funde— lo celta con lo latino, lo germánico, lo cristiano, lo pagano... Hay poquísimos datos al respecto, son las *Dark ages* como se las llama en inglés, pero sus personajes, reales o imaginados, han hecho soñar desde hace siglos, desde Prisciliano a Merlín o Arturo.

Y además es un época de intercambios que muy probablemente se reflejan en lo que llamamos música celta.

Interceltismo *avant la lettre*

Cunliffe señala que entre los siglos IV y VI hubo una intensa movilidad entre las regiones hoy conocidas como celtas. San Patricio viajó desde Gran Bretaña hasta Irlanda. Los irlandeses fueron hacia Gales y Escocia —a esta última llevaron el gaélico—, y desde el sur de la isla de Gran Bretaña pasaron a la Bretaña francesa. Quizá este fue un momento clave para la que hoy conocemos como música celta, con la difusión de instrumentos como la lira o arpa.

Algunos también llegaron a Galicia y Asturias, entre ellos el famoso obispo Maeloc (que también aparece en la documentación medieval como Mayloc, Mahiloc, Mialoch, Maylocus, Mailoch y Mauloc), quizá la misma persona que el san Maelog del siglo VI a quien se dedican varias iglesias en Gales y Bretaña. Como describió el celtobritánico Gildas —primer escritor medieval en Gran Bretaña influido por textos peninsulares—, vendrían escapando de la invasión anglosajona:

[...] buscaron tierras más allá de los océanos; bajo las velas hinchadas lloraron en voz alta, cantando salmos que tomaban la forma de canción para navegantes.

Simon Young, en su citado estudio sobre Britonia, sostiene que los primeros britones habrían arribado al noroeste de la Península a finales del siglo V. Lo curioso es que más adelante fundarían un «obispado étnico», es decir, no ligado a un territorio —que era lo habitual—, sino a las comunidades celtas británicas que vivían dentro del reino de Gallaecia, exactamente como pasó con el primer obispo celtobritánico de la Bretaña francesa.

Pero estos contactos no se dieron solo con el mundo británico. Una de las narraciones irlandesas de viajes por mar o *Immrama*, narra como un bote lleno de hombres santos irlandeses arribó a nuestras costas y fundaron un monasterio en el «punto de Hispania», presumiblemente en el noroeste. Fue en este momento de auge de los viajes cuando nacieron los célebres santos *peregrini* que se embarcaban y

recorrían los mares con una misión. Entre ellos destacaron casos como el del legendario monje irlandés Brendan —conocido como san Borondón en las islas Canarias—, a quien escritos de su época atribuyen numerosas expediciones evangelizadoras a bordo de un *curragh* por el océano Atlántico hasta llegar, por ejemplo, a las islas Feroes. Posteriormente, otros monjes irlandeses fueron aún más allá y escribieron que Brendan habría llegado hasta Islandia y Groenlandia.

Los contactos entre las regiones celtas eran, por tanto, fluidos. Y Galicia, por su situación geográfica, era puerta natural hacia el sur. Desde Iberia les llegaban algunos productos mediterráneos que seguirían consumiendo pese a la caída del Imperio romano. De hecho, la misma idea del monasticismo, que venía de Egipto y que impregnaría rápidamente el cristianismo celta, se extendió por la Galia y, desde Bretaña, llegó a las islas británicas, aunque también había una ruta a lo largo de la península ibérica. Estos contactos se podrán conocer mejor gracias a unos manuscritos con nuevos datos sobre la presencia irlandesa, hallados recientemente en uno de los más antiguos monasterios en funcionamiento del mundo, en el monte Sinaí, cuya primera descripción por cierto se la debemos a la monja galaica Egeria en el siglo IV.

Otro caso destacable sería el de Orosio, el escritor de la tardoantigüedad más conocido de los relacionados con Galicia y con el primer paso de la leyenda de la torre de Brigantia, en Gallaecia. El famoso faro que miraba a Britannia.

Orosio sitúa a Irlanda entre Britannia e Hispania y dice que sus partes más próximas miran hacia el océano Cantábrico, a Brigantia, la ciudad de Gallaecia. Habría incluso una posible mención a los lucenses también allende el Cantábrico.

Dice Simon Young:

A principios de la Edad Media, el mundo celtobritánico comprendía una serie de penínsulas y de islas (islas geográficas o islas de población) que se extendían por el norte hasta Loch Lomond (en la Escocia moderna) a lo largo de dos mil kilómetros hacia el sur hasta la Costa da Morte y posiblemente más allá. A este grupo de comunidades le llamamos el «archipiélago celtobritánico».

Eran pueblos que estaban en contacto desde la Edad del Bronce, incluso desde el Neolítico. La distribución del megalitismo o de los

petroglifos atlánticos son una buena prueba de ello. Pero además, en aquel tiempo, las tradiciones y la lengua de estos pueblos, que se miraban entre sí con complicidad, los diferenciaban de los invasores francos y anglosajones. Quizá este fuese el primer —quién sabe si el último— momento en que los «países celtas» compartieron una entidad cultural cohesionada, en lengua, religión y arte, que los hacía diferentes de otros pueblos de su alrededor. Es evidente que había muchas variantes regionales, pero los expertos destacan la sensación de unidad, aunque solo fuese por tener el mar como principal medio de comunicación. Es obvio asimismo que esta unidad no quería decir que se entendiesen siempre a la perfección; también existirían recelos, que probablemente fueron desapareciendo gracias al asentamiento de tribus en distintas regiones. A pesar de las coincidencias, en las lenguas celtas llama más la atención la diversidad que las similitudes. Un ejemplo lo tendríamos en como san Columba necesitó un intérprete para hacerse entender, cuando realizó su viaje desde la costa oeste a la del este de Escocia.

Un milenio desaparecidos y Renacimiento... ¡también de los celtas!

La visión ofrecida por la exposición del British Museum podemos resumirla en que, desde la caída del Imperio romano y durante toda la Edad Media, el término «celta» prácticamente dejó de usarse, aunque la memoria del mundo celta pervivió gracias a los copistas de los textos clásicos o a los creadores del mundo artúrico. Se trataba de la llamada «materia de Bretaña» y los ciclos irlandeses, donde se recogieron las leyendas que habían sobrevivido desde la Alta Edad Media —se dice que algunas venían de la Edad del Hierro— y que se recompusieron al gusto del momento.

Hasta el Renacimiento, los estados emergentes del oeste de Europa se habían conformado con historias mitológicas sobre su pasado más remoto ligadas a la Biblia o al mito troyano. Pero, a partir de entonces, en los monasterios de toda Europa se empezaron a redescubrir los textos clásicos, lo que permitió por vez primera que se vislumbrasen antepasados anteriores a romanos y griegos. El British, casi en forma de titular, hace hincapié en que fue toda una desaparición durante mil años hasta que la imprenta lo cambió todo: fue la

gran posibilitadora de la difusión de todas estas informaciones que habrían permanecido en la oscuridad.

Pero a medida que se va sabiendo más de los celtas, más va creciendo la convicción de que todo aquel mundo, con su cultura oral, evidentemente no desapareció de un plumazo sino que pasó a integrar un nuevo orden, con nuevas formas para referirse a él y con su legado vivo en la tradición, adaptándose día a día para llegar hasta hoy. De esto trataremos en el siguiente capítulo, dedicado a la música celta.

Hoy sabemos que durante la Edad Media los nombres de galos, gálatas y celtas siguieron empleándose tanto en Bizancio como en los reinos de Occidente, pero en ninguna de las fuentes clásicas conocidas se decía expresamente que los habitantes de Gran Bretaña e Irlanda fuesen celtas. Esa es, supuestamente, la razón por la que en la Edad Media no se utilizó el término «celtas» para caracterizar a los britones y a los irlandeses. La exposición del British resalta al escocés George Buchanan como el pionero en relacionar, en 1582, a los celtas con las islas, por sus lenguas, dejando atrás esos mil años de silencio «oficial». Esa es la idea que ha triunfado hasta hoy.

Buchanan decía que los celtas viajaron desde Iberia a Irlanda, que algunos (los *scotti*) se establecieron en el oeste de Escocia y que los del resto de Gran Bretaña procedían de la Galia (algo que ya había escrito Beda en el siglo VIII). En realidad, este hombre del siglo XVI seguía haciéndose eco de lo que contaban las antiguas leyendas de origen irlandés y escocés de las que hablaremos más adelante, pero desde una perspectiva más científica de redescubrimiento del mundo celta. Si alguien lee su *Rerum Scoticarum Historia* (recorremos que data de 1582) se encontrará con la sorpresa de que ya aparecen casi todas las «palabras mágicas» de lo que siempre se nos había dicho que se trataba el celtismo del siglo XIX. Porque, como vamos a ver, todo esto no nació en el Romanticismo, sino que ese imaginario venía de muy atrás.

Entre esas «palabras clave» utilizadas por Buchanan en el siglo XVI aparecen ya algunas de las más importantes —aún a día de hoy— en el mundo de la música celta, como gaita, arpa o violín, así como las referidas a Galicia: Gallaecia, Promontorium celticum, Brigantia, Compostella...

La Ilustración

Con la llegada de la Ilustración, «lo celta» regresa con fuerza, pero con una gran diferencia respecto a épocas anteriores: a partir de este momento el concepto hace referencia sobre todo a los habitantes de las islas británicas (excepto los ingleses), mientras que, como ya hemos explicado, los antiguos griegos y romanos situaban a los celtas en el continente.

Los ilustrados observaron las semejanzas entre las lenguas de Escocia, Irlanda, isla de Man, Gales, Cornualles y Bretaña, por lo que dedujeron que en su origen había una lengua común antigua que compartían Francia y las islas británicas. Probablemente, si en vez de haber llamado «celtas» a esas lenguas, las hubiesen denominado «atlantes» o de cualquier otra manera, la palabra *celta* no tendría la importancia que ha llegado a tener hasta hoy.

A comienzos del siglo XVIII, dos estudiosos cuyas culturas e identidades estaban siendo amenazadas por los estados-nación vecinos de Francia e Inglaterra pusieron a los celtas en el centro de sus esfuerzos. El primero fue el monje bretón Pezron, quien publicó en París, en 1703, *L'antiquité de la langue et de la nation des celtes*, donde relaciona a los celtas con los antiguos británicos. El segundo fue el galés, residente en Oxford, Edward Lhuyd. Después de años visitando países donde se hablaban lenguas celtas para estudiarlas y compararlas, intentó conocer a Pezron en su viaje a Bretaña a finales del siglo XVII y, aunque no tuvo éxito en su objetivo, decidió traducir al inglés la obra del bretón, que apareció en 1706. Por cierto, nuestro padre Sarmiento, en el siglo XVIII, conocía la obra de Pezron que —como Buchanan— situaba el Promontorium Celticum de los clásicos en Fisterra, algo que sin duda tuvo que llamar la atención de Sarmiento.

Un año después que su colega bretón, el galés publicó las conclusiones de su trabajo de campo y, por primera vez en la historia, llama «celtas» a las lenguas de Gran Bretaña e Irlanda y de Bretaña. Fue él también el que introdujo denominaciones populares galesas como *kromlech* para describir las diferentes categorías de construcciones megalíticas y, años más tarde, lo mismo harían en Francia con palabras bretonas como *menhir* o *dolmen*.

Lhuyd acepta la idea de Buchanan sobre la llegada de los celtas de Iberia a Irlanda, así como la de Pezron sobre el asentamiento de los galos en Gran Bretaña, de donde nace la idea de las dos invasio-

nes celtas de las islas. Como las fuentes clásicas situaban a los celtas más cerca del Mediterráneo, se instaló la teoría de las migraciones, que es la que se ha mantenido hasta nuestros días.

No parece casualidad que ese mismo año, 1707, se firmase el Acta de Unión entre Escocia, Inglaterra y Gales, y tampoco lo es que —ya en nuestra época— el libro de Simon James, donde se dice que «los celtas son una invención», se publique —como vimos en la introducción— justo antes de la reciente «devolución» de los Parlamentos escocés y galés. Veremos cómo afecta ahora el Brexit a lo celta...

Walter Scott, creador de muchos de los grandes mitos escoceses y personaje clave de la novela histórica europea decimonónica, ya hablaba de los *highlanders* como celtas y no tenía necesidad alguna de explicar por qué lo hacía así. Es decir, en poco menos de cien años, los escoceses ya eran celtas.

De los druidas que mencionaban los clásicos deben de ser estas piedras...

El inglés Stukeley inicia su *History of the Ancient Celts*, en 1723, denominando «templos de los antiguos celtas» los monumentos circulares de piedra británicos, como Stonehenge, a los que relaciona con los druidas, ya que se encuentran en las mismas zonas donde los autores clásicos situaban a estos sacerdotes. Esta es una idea que tuvo gran influencia y que ha llegado con fuerza hasta nuestros días. Prueba de ello son las famosas aventuras de Astérix y Obélix, donde vemos una conexión directa entre los dólmenes y los menhires (miles de años anteriores al Imperio romano) y el druida celta, el bardo y su lira.

Pronto se desataría la fiebre y aparecerían las más variadas teorías, algunas de ellas disparatadas (la llamada «celtomanía»), otras no tanto. En cualquier caso, de lo que no hay duda es de que el celtismo ha pasado del blanco al negro con una rapidez que revela la pasión que siempre ha despertado. Por ejemplo, existe una cuenta en Twitter sobre un proyecto universitario dirigido por Cunliffe y Koch (*La Europa atlántica en la Edad de los Metales*) donde se aprecia claramente este avance vertiginoso en los descubrimientos del entorno celta, que parecen sucederse día a día y que ahora podemos vivir en tiempo real.

En resumen, como explica Cunliffe, a pesar de que ese imaginario popular haya llegado hasta nosotros, ya en el siglo XIX aparece una cronología relativa basada en el sistema de las Tres Edades —el cambio tecnológico que implica el paso de la piedra al bronce y de este al hierro— que permite estimar la antigüedad de los megalitos y alejarla de la época de los celtas. Sin embargo, si aceptamos la teoría actual de que la lengua que hoy llamamos «celta» es la propia de las comunidades atlánticas indígenas y que se habría desarrollado durante el período de interacción que comienza en el V milenio a. C., podríamos pensar que, quizá, los estudiosos del siglo XVIII no estaban tan desencaminados. En una entrevista reciente Cunliffe lo dice así de claro: «¿Cuáles son las raíces de la lengua celta? Están en el Atlántico y en el Neolítico». Pero no nos adelantemos.

Nace la arqueología

En el siglo XIX se produjo el nacimiento de la arqueología propiamente dicha. Anteriormente, los estudiosos de lo antiguo eran los anticuarios, que se ocupaban de analizar desde los menhires hasta los libros y las músicas antiguas. Es decir, una especie de «sabios todoterreno» de la antigüedad, continuadores de los ilustrados.

Fue en este siglo cuando se descubrieron los restos arqueológicos de Hallstatt, en Austria, y La Tène, en Suiza. He tenido ocasión de visitar La Tène pues no está lejos de Sion, sede del Guinness Irish Festival, en donde tocamos con esas grandes trompas típicas de los Alpes que algunos dicen son herederas del primer instrumento emblemático de los celtas de la Edad del Hierro, el *carnyx*.

Desde el primer momento se dio por hecho que ambos hallazgos pertenecían a los celtas, el pueblo de la Antigüedad que acababa de ser redescubierto y vivía un momento de verdadera notoriedad. Tal fue el impacto de la noticia que Suiza pasó a llamarse República Helvética, puesto que se entendió que los restos arqueológicos pertenecían a los helvetes, una tribu celta que solo se conocía por los escritos clásicos.

Desde entonces, y hasta hace apenas veinte años, la visión científica dominante sobre los celtas ha sido que se trataba de un pueblo que apareció en Centroeuropa en el último milenio a. C., en plena Edad del Hierro, es decir, el último período de la prehistoria. Esta etapa se divide a su vez en dos períodos que toman su nombre de los

dos tipos de restos arqueológicos encontrados en aquel siglo XIX: Hallstatt (800 a. C.-500 a. C.) y La Tène (500 a. C.-siglo I a. C.). La teoría venía a decir que los celtas se extendieron desde esas dos zonas centroeuropeas por todo el continente en un abanico que llegaba desde Irlanda hasta Turquía. Nombres de importantes ciudades europeas son de origen celta, como París, Londres o Viena. Existen documentos que recogen esas migraciones por toda Europa, como en los Alpes, con los celtas trasalpinos, cuya memoria hoy se celebra en el Festival Celta de Aosta, en el que tantas veces he tocado. En la serie de la BBC que acompaña a la exposición de los celtas del Museo Británico aparecen unas preciosas imágenes de grabados realizados en las piedras por los habitantes de los Alpes en las que se recoge el paso de los celtas guerreros en sus carros. Pero algo no acababa de cuadrar: ni en la península ibérica ni en las islas británicas los clásicos hablaron de invasiones celtas...

La teoría tradicionalmente aceptada de la expansión desde Europa Central se encontraba con un problema insalvable: aunque no existía evidencia arqueológica de la presencia de celtas, los clásicos ya dejaron escrito mucho antes que había celtas en la Península. ¿Cómo llegaron hasta aquí? ¿Cómo es posible que la lengua celta llegase a Iberia si no hay indicios que nos permitan pensar que la cultura de La Tène se instaló aquí? Como explica Koch, esa es la razón por la que se ignoraban las evidencias sobre los celtas en la Península más allá de la arqueología: simplemente no encajaban en el modelo estándar. Pero hoy todo eso ha cambiado y lo celta ha dejado de ser sinónimo de lateniense.

Los nuevos celtas: desde el oeste atlántico peninsular

Cunliffe aporta una nueva tesis que denomina *Celtic from the West* según la cual habría habido contactos continuos en toda la fachada atlántica desde el Neolítico —como prueban los megalitos—, por lo que es posible que una lengua protocelta se hubiese desarrollado como *lingua franca* de comercio en la zona, quizá durante la Edad del Bronce, y que desde allí se extendiera hacia Centroeuropa a través de los ríos navegables.

En ella explica que la familia de lenguas indoeuropeas se extendió por Europa con el Neolítico a través del Mediterráneo, donde

gentes con cerámicas características se extendieron desde Grecia, a través de Italia, hacia el sur de Francia y España hasta Portugal y el Atlántico. Hay otra rama por el interior, hasta el noroeste de Francia, pero la importante es la expansión mediterránea —que tiene lugar en tan solo quinientos años—, un movimiento muy rápido y claro desde el este del Mediterráneo hasta el Atlántico. Cuando esta rama mediterránea llega a Portugal es entonces cuando el indoeuropeo se convierte en una *lingua franca* marítima. Esta es la base de la lengua celta.

John T. Koch va más allá y sostiene la tesis de que nos encontramos ante una lengua indoeuropea, pero pronunciada con el particular acento ibérico. Aparece en estelas, piedras grabadas asociadas a diversas necrópolis del suroeste de la Península, fechadas en la primera mitad del I milenio a. C. Están escritas en alfabeto fenicio, aunque los nuevos estudios confirman la sospecha de que se trataba de una lengua celta. De hecho, sería la lengua celta escrita más antigua que se conserva, incluso la lengua más antigua del occidente europeo. Koch abanderaba con entusiasmo esta tesis de la lengua celta originaria del suroeste peninsular —en la zona de la mítica Tartessos— de la que dice lo siguiente:

[Es] la primera lengua celta de la que hay pruebas y que aparece a dos mil kilómetros al oeste de Hallstatt y a mil quinientos de La Tène. Esta lengua tiene afinidades con nombres celtas que aparecen en Galicia, así como con el celtíbero —como cabría esperar—, pero también con el galo e incluso con el gaélico y el britónico.

Y continúa:

[...] La base de la fabulosa riqueza de los tartesios eran los metales, especialmente la plata, pero también el oro y el cobre, así como el estaño traído por vía marítima desde Galicia, Bretaña y Cornualles.

Es decir, lo que ya contaba la *Ora maritima* de Avieno —del siglo IV, aunque recoge textos presumiblemente mil años más antiguos—, que describe un viaje costero desde Irlanda y cuenta que los oestrímnios vivían en tierras ricas en metal, por lo que las visitaban navegantes como los de Tartessos.